

Si desde aquí echo una mirada en el Asia, veo los muros de Nemrod, levantados sobre una tierra, húmeda todavía con las aguas del diluvio, y observaciones astronómicas tan antiguas como la ciudad. Donde colocaremos pues esos pretendidos tiempos de barbarie y de ignorancia. Placenteros filósofos nos han dicho: *los siglos no nos hacen falta*: os hacen falta y mucho; porque ahí está la época del diluvio para ahogar todas las fábulas de la imaginación, y las observaciones geológicas que demuestran el hecho, demuestran también su fecha, con una incertidumbre ilimitada, tan insignificante en el tiempo, como, la distancia entre nosotros y la luna, puede serlo en el espacio. Lucrecio mismo no ha podido prescindir de dar un testimonio notable de la modernidad de la familia humana; y la física, que podría aquí prescindir de la historia, deduce sin embargo de ella una nueva fuerza, pues que vemos que la incertidumbre histórica concluye entre todas las naciones en la misma época, es decir, hacia el siglo octavo antes de nuestra era. Es permitido á las gentes que todo lo creen, escepto la Biblia, citarnos las observaciones chinescas de hace cuatro ó cinco mil años, sobre una tierra que no existía, por un pueblo á quien los Jesuitas enseñaron á hacer almanques al fin del siglo xvi; todo esto no merece la pena de discutirse: dejémosles decir. Quiero presentaros únicamente una observación que quizá no habeis hecho: á saber, que habiendo sido echado por tierra de pies á cabeza todo el sistema de las antigüedades indianas, por los apreciables trabajos de la academia de Calcutta, y demostrando la simple inspección de una carta geográfica que la China no ha podido ser poblada sino despues de la India, el mismo golpe que ha caído sobre las antigüedades indianas, ha hecho caer también las de la China, con las que no ha cesado Voltaire de aturdirnos.

Por lo demás, habiendo sido el Asia el teatro de las mayores maravillas, no es de extrañar que sus pueblos hayan conservado una inclinación mas fuerte hacia lo maravilloso, que la que es natural al hombre en general, y que cada uno puede reconocer en sí mismo. De esto proviene que hayan mostrado siempre tan poco gusto y talento hacia nuestras ciencias de *conclusiones*. Se diría que recuerdan todavía la ciencia primitiva y la época de la *intuición*. El águila encadenada exige una *montgolfiera* para levantarse por los aires? no: exige solamente que se rompan sus lazos. ¿Y quién sabe si esos pueblos están destinados todavía á contemplar espectáculos que se nieguen al genio ergotista de la Europa? Sea lo que quiera, observad que es imposible pensar

(1) Véase el viaje de Brucio y el de Hasselquist citado por Mr. Bryant. *New system of an analysis of ancient Mythology etc*; in 4^o. tom. iii, p. 301.

en la ciencia moderna, sin verla constantemente rodeada de todos los aparatos del espíritu, y de todos los métodos del arte. Bajo de la abrochada vestidura del norte, perdida la cabeza entre los bucles de una cabellera mentirosa, cargados los brazos de libros y de instrumentos de toda especie; pálida de vigiliass y de trabajos, se arrastra manchada de tinta y jadeante sobre el camino de la verdad, bajando constantemente su frente surcada de signos algebráicos. Nada semejante en la alta antigüedad. En cuanto nos es posible divisar la ciencia de los primitivos tiempos á una distancia tan enorme, se la vé siempre libre y aislada, queriendo que no marche, y presentando en toda su persona cierta cosa aérea y sobrenatural. Entrega á los vientos sus cabellos que se escapan de una *mitra* oriental; él *ephod* cubre su pecho que se levanta con la inspiración; no mira mas que al cielo; y su desdeñoso pie parece no tocar la tierra sino para abandonarla. Sin embargo, aunque nada haya pedido nunca á nadie, y no se le conozca algun apoyo humano, no está menos probado que posee los mas raros conocimientos: esta es una gran prueba, si pensais bien en ello, de que la ciencia antigua estaba dispensada del trabajo impuesto á la nuestra, y que todos los cálculos que establecemos sobre la esperiencia moderna, son lo mas falso que se puede imaginar.

EL CABALLERO.

Acabais de probarme, mi buen amigo, que se habla fácilmente de lo que gusta. Me habeis prometido un simbolo sencillo; pero vuestra profesion de fé se ha convertido en una especie de discurso. Lo que hay en esto de bueno, es que no habeis dicho una palabra de los salvages que es de lo que se trataba.

EL CONDE.

Os confieso que en este punto estoy como Job, *lleno de discursos* (1), yo los pronuncio con gusto delante de vos; pero por vida mia, ¡que quisiera ser igualmente oido de todos los hombres, y hacerme creer de ellos! por lo demás, no sé á que me recordais los salvages. Parece que no he cesado un momento de hablaros de ellos. Si todos los hombres provienen de tres parejas que repoblaron el universo, y si el género humano ha comenzado por la ciencia, el salvage no puede ser, como os decia, sino una rama desprendida del árbol social. Yo podría también

(1) *Plenus enim sum sermonibus... loquar et respiro paululum.* Job. XXXII, 18-20.

entregaros la ciencia, aunque muy incontestable, y no reservarme mas que la religion, que basta por si sola, aun en un grado muy imperfecto, para escluir el estado salvaje. En cualquier parte en donde veais un altar, allí se encuentra la civilizacion. *El pobre en su cabaña, cubierta de balago*, es menos sabio que nosotros sin duda alguna, pero mas verdaderamente social si se ayuda del catecismo y se aprovecha de él. Los mas vergonzosos errores, las crueldades mas detestables han manchado los anales de Memphis, de Atenas y de Roma; pero todas las virtudes reunidas honran las cabañas de Paraguay. Y si la religion de la familia de Noé debió necesariamente ser la mas esclarecida y la mas real que sea posible imaginar, y si en su realidad misma es donde hay que buscar las causas de su corrupcion, esta es una segunda demostracion añadida á la primera de que podia prescindirse. Debemos reconocer, pues, que el estado de civilizacion y de ciencia en cierto sentido, es el estado natural y primitivo del hombre. Todas las tradiciones orientales comienzan tambien por un estado de perfeccion y de luces, y aun diré de *luces sobrenaturales*; y la Grecia, la embustera Grecia, *que á todo se ha atrevido en la historia*, rinde homenaje á esta verdad, colocando su edad de oro en el origen de las cosas. No es menos notable que ella no atribuye á las edades siguientes, ni aun á la de hierro el estado salvaje; de suerte que todo lo que nos ha contado de los primeros hombres que vivian en los bosques, alimentándose de bellotas y pasando despues al estado social, la pone en contradiccion consigo misma, ó no puede referirse sino á casos particulares, es decir, á algunas puebladas, degradadas y vueltas despues trabajosamente *al estado de naturaleza*, que es la civilizacion. Voltaire, y es cuanto puede decirse, no ha confesado que la divisa de todas las naciones ha sido siempre; ¿que LA EDAD DE ORO FUE LA PRIMERA QUE SE MANIFESTÓ SOBRE LA TIERRA? Y bien, todas las naciones han protestado contra la hipótesis de un estado primitivo de barbarie, y seguramente algo vale esta protesta.

Ahora, ¿qué me importa la época en que tal ó cual rama fué separada del árbol? ella es separada, esto me basta: ninguna duda queda sobre la degradacion, y me atrevo á decir tambien, que ninguna duda sobre la causa de la degradacion que no puede ser mas que un crimen. Habiendo el jefe de un pueblo alterado en su casa el principio moral por alguna de esas prevariaciones que, segun las apariencias, no son ya posibles en el actual estado de cosas, porque felizmente no sabemos bastante para hacernos culpables hasta ese punto; este jefe del pueblo, digo, trasmite el anatema á su posteridad; y siendo acelerada

por su naturaleza toda fuerza constante; puesto que se adicciona constantemente á si misma, pesando esta degradacion sin intervalo sobre los descendientes, ha hecho de ellos al fin lo que llamamos *salvages*. Este último grado de embrutecimiento es el que Rousseau y sus iguales llaman *el estado de la naturaleza*. Dos causas estremadamente distintas han echado una engañosa nube sobre el horrible estado de los salvages; la una es antigua, la otra pertenece á nuestro siglo. En primer lugar, la inmensa caridad del sacerdocio católico, ha puesto muchas veces al hablarnos de estos hombres, sus deseos en lugar de realidades. Habia demasiada verdad en el primer impulso de los europeos que se negaron, en el siglo de Colon, á reconocer por semejantes suyos á los hombres degradados que poblaban el nuevo mundo. Los sacerdotes emplearon toda su influencia en contrarrestar esa opinion, que fomentaba demasiado el bárbaro despotismo de los nuevos señores. Gritaban á los españoles: «Nada de violencias, el Evangelio las reprueba; si no sabeis destruir los idolos en el corazon de esos desgraciados, ¿para qué destruis sus horribles altares? para hacerles conocer y amar á Dios, se necesitan otra táctica y otras armas que las vuestras (1).» Del centro mismo de los desiertos regados con su sudor y con su sangre, volaban á Madrid y á Roma para pedir allí edictos y bulas contra la impia codicia que queria esclavizar á los indios. El sacerdote piadoso los ensalzaba para hacerlos dignos de aprecio; atenuaba el mal, exageraba el bien, prometia todo lo que deseaba; en fin, Robertson, que no es sospechoso, nos advierte en su historia de América, *que debe desconfiarse sobre este objeto de todos los escritores que han pertenecido al clero, visto que son demasiado favorables á los indigenas*. Otro origen de los falsos juicios que se han concebido sobre ellos se encuentra en la filosofía de nuestro siglo, que se ha servido de los salvages para establecer sus vanas y culpables declamaciones contra el orden social; pero la menor atencion basta para ponernos en guardia contra los errores de la caridad, y contra los de la mala fé. No puede fijar-

(1) Acaso el interlocutor tenia á la vista las bellas representaciones que el P. Bartolome de Olmedo dirigia á Cortés, y que nos ha conservado el elegante Solís. *Porque se comparecian mal la violencia y el Evangelio; y aquello en la substancia, era derribar los altares y dejar los idolos en el corazon, etc., etc.* (Conquista de la Nueva España III, 3.) He leído alguna cosa sobre la América, y no tengo conocimiento ni de un solo acto de violencia que se pueda imputar á los sacerdotes, á escepcion de la célebre aventura de Valverde, que probaria si fuera cierta, *que habia un loco en España en el siglo xvi*; pero tiene todos los caracteres intrínsecos de la falsedad. No me ha sido posible descubrir su origen; un español muy instruído me ha dicho; *eres que es una fábula del imbécil Garcilaso*.

se por un momento la vista en el salvaje, sin leer escrito el anatema, no digo solamente en su alma, sino hasta en la forma exterior de su cuerpo. Es un niño deforme, robusto y feroz, en quien la llama de la inteligencia no arroja, sino una luz pálida é intermitente. Una mano terrible que pesa sobre esas razas sacrificadas, borra en ellas los dos caracteres, distintivos de nuestra grandeza, la prevision y la perfectibilidad. El salvaje corta el árbol para coger el fruto, desunce el buey que los misioneros acaban de entregarle y lo pone á guisar, sirviéndole de leña la madera del arado: desde hace mas de tres siglos nos contempla sin haber querido necesitar nada de nosotros, excepto la pólvora para matar á sus semejantes, y el aguardiente para matarse á sí mismo; no ha imaginado jamás el fabricar estas cosas; descansa en nuestra avaricia que no le faltará jamás. Así como las sustancias mas abyectas y violentas son sin embargo susceptibles de cierta degeneracion, así tambien los vicios naturales de la humanidad están mas viciados en el salvaje. Es ladrón, es cruel, es desenvuelto de costumbres, pero lo es de una manera distinta que nosotros. Para ser criminales, nosotros nos sobreponemos á nuestra naturaleza: el salvaje la sigue, tiene el deseo del crimen, y no sus remordimientos. Mientras que el hijo mata á su padre para eximirle de las molestias de la vejez, la mujer destruye en su propio seno el fruto de sus brutales amores para libertarse de las fatigas de la lactancia. Arranca los sangrientos cabellos de su enemigo vivo todavia; lo desgarrá, lo asa, y lo devora cantando; si llega á apoderarse de nuestras bebidas fuertes, bebe hasta la embriaguez, hasta la fiebre, hasta la muerte, privado igualmente de la razon que impone al hombre por el temor, y del instinto que advierte al criminal por el disgusto. Está visiblemente sacrificado; está herido en lo mas profundo de su ciencia moral; hace temblar al observador que sabe contemplarle; pero debemos temblar en nosotros mismos y de una manera natural? pensemos que con nuestra inteligencia, nuestra moral, nuestras ciencias y nuestras artes, somos con relacion al hombre primitivo precisamente lo que el hombre es á nosotros. No puedo abandonar este asunto sin indicaros tambien una observacion importante: el bárbaro, que es una especie de término medio entre el hombre civilizado y el salvaje, ha podido y puede ser civilizado todavia por una religion cualquiera; pero el salvaje propiamente dicho, no lo ha sido jamás sino por el cristianismo. Este es un privilegio de primer orden, una especie de redencion exclusivamente reservada al verdadero sacerdocio. ¿Y cómo podrá entrar de nuevo en el goce de sus derechos el condenado á muerte civil si el soberano no

le concede una carta de indulto? ¿y qué cartas de este género no están refrendadas? (1) cuanto mas reflexioneis en esto, tanto mas convencidos estareis de que no hay medio de explicar el gran fenómeno de los pueblos salvajes, del que no se han ocupado bastantemente los verdaderos filósofos.

Por lo demas, no debe confundirse al *salvaje* con el *bárbaro*. En el uno el germen de la vida se halla estinguido ó amortiguado; el otro ha recibido la fecundacion y no necesita sino de tiempo y circunstancias para desenvolverse. Desde el momento la lengua que se habia degradado con el hombre, renace con él, se perfecciona y se enriquece. Si se quiere llamar á esta *lengua nueva*, consiento en ello: la expresion es justa en un sentido; pero este sentido es muy diferente del adoptado por los sofistas modernos, cuando hablan de las lenguas *nuevas ó inventadas*.

Ninguna lengua ha podido ser inventada, ni por un hombre que no hubiera podido hacerse obedecer, ni por muchos que no hubieran podido entenderse. Lo mejor que puede decirse de la palabra, es lo que se ha dicho del que se llama PALABRA. *Se ha lanzado antes de todos los tiempos del seno de su principio; es tan antiguo como la eternidad... quién podrá contar su origen* (2)? Ya apesar de las lamentables preocupaciones del siglo, un físico... si, ciertamente, un físico ha tomado sobre si la responsabilidad de convenir con tímida intrepidez, en que el hombre habia hablado desde luego, porque se le habia hablado. Bendiga Dios la partícula *se* tan útil en las ocasiones difíciles. Haciendo á este esfuerzo toda la justicia que se merece, hay que convenir, sin embargo, en que todos los filósofos del último siglo, aun sin exceptuar los mejores, son unos poltrones que tienen miedo á los hombres inteligentes.

Rousseau, en una de sus ruidosas rapsodias, manifiesta tambien algun temor de hablar razonablemente. Confiesa que las lenguas le parecen una cosa muy bella.

Aquella palabra *mano del espíritu*, como dice Charron, le produce cierta admiracion, y bien considerado no comprende claramente como ha sido inventada. Pero el gran Condillac se lamenta de esta modestia. Se lamenta de que un hombre de la inteligencia

(1) Admití con todo mi corazón estas grandes verdades, todo pueblo salvaje se llama *Lo-Hammi*, y hasta tanto que se le haya dicho: *«Sois mi Pueblo, nunca podrá decir sois mi Dios!»* (Osee II, 24.)

Puede leerse un buen trozo acerca de los salvajes en el diario del norte. Setiembre, 1807, n.º XXXV, p. 704 y siguientes, Robertson (Historia de la América, tomo II, 1 y 4) ha descrito perfectamente el estado de embrutecimiento del salvaje, es un retrato verdadero como repugnante.

(2) *Egressus ejus ab initio á diebus æternitatis... generationem ejus quis enarrabit?* Michee, V, 2, Isaias, LIII, 8.

de Mr. Rousseau haya encontrado dificultades donde no las hay; de que no haya visto que las lenguas se han formado insensiblemente, y que cada hombre ha puesto algo de su propia cosecha. Véase todo el misterio, señores; una generacion ha dicho BÉ, y otra BE; los Asirios han inventado el nominativo, y los Medas el genitivo.

.... Quis inepti

tam patiens capitis, tam ferreus ut teneat se.

Pero yo quisiera antes de concluir este asunto, recomendar á vuestra atencion una observacion que siempre me ha chocado. ¿De dónde procede que se encuentran en las lenguas primitivas de todos los pueblos antiguos, palabras que necesariamente suponen convencimientos estraños á esos pueblos? ¿De dónde habian tomado los griegos por ejemplo, hace tres mil años por lo menos, el epíteto de *Physizoos* (que daba ó poseia la vida) que Homero dió algunas veces á la tierra? ¿Y la de *Pheresbios*, casi sinónima, que los atribuye Hesiodo (1)? ¿De dónde habian tomado el epíteto mas singular todavía de *Philemate* (*amorosa ó alterada de sangre*), dada á la misma tierra en una tragedia (2)? ¿quién les habia enseñado á llamar al azufre, que es el significado de fuego, el *divino* (3)? Yo no estoy menos admirado del nombre de *Cosmos*, dado al mundo. Los griegos le llamaron *belleza*, porque *todo orden es belleza*, como dice en cierta parte el buen Eustatho y que el orden supremo existiria en el mundo. Los latinos encontraron la misma idea, y la explicaron por su palabra

(1) Iliada III, 243, XXI, 63, Odisea XI, 300. Hesiod. Opp. y Dies, v. 694. Mucho tiempo hacia que se hallaba en mi poder esta obra cuando di con la siguiente observacion hecha por un hombre acostumbrado á ver, y nacido para distinguir bien: *varios idiomas, dice, que únicamente son peculiares hoy á pueblos bárbaros, parece que son restos de lenguas ricas muy flexibles y que denotan una cultura muy adelantada* (Monumentos de los Pueblos indígenas de la América, por M. de Humbolt. Paris, in 8°, 1816, introd. p. 29).

(2) Σφαγία δ' ἄμ' ἄντ' ἔ, γῆς ΦΙΛΑΙΜΑΤΟΥ ρ' οἶν. (Eurip, Phæn. V. 479). Eschyles ya habia dicho:

De dos hermanos rivales
Degollados uno por otro
Su sangre bebió la tierra, etc.

(Los siete Gefes, acto IV, sc. 1.)

Lo que trae á la memoria una expresion de la santa escritura. *La tierra ha abierto la boca y ha debido la sangre de tu hermano.* (Gen. IV, sc. 11.)

Y Racine que poseia en tal alto grado la aficion á la antigüedad, ha usado de esta expresion (algo desfigurada por un epíteto ocioso) su tragedia de Phedro II, 1.

Y la tierra humedecida
con pesar bebió la sangre
de los sobrinos de Erecthea.

(3) Τοτείον.

mundus, que hemos adoptado dándole solamente una terminacion francesa, escepto sin embargo que algunas de estas palabras escluyen el desorden, y la otra escluye la suciedad, sin embargo es la misma idea, y las dos palabras son igualmente justas é igualmente falsas. Pero decidme tambien, ¿cómo es que los antiguos Latinos cuando no conocian todavía mas que la guerra y la labranza, imaginaron explicar por la misma palabra la idea de la oracion y la del suplicio? ¿Quién les enseñó á llamar á la fiebre *purificatriz* ó *espiatriz*? ¿Y no se diria que aqui existe un juicio, un verdadero conocimiento de causa, en virtud del cual un pueblo afirma la exactitud del nombre? ¿pero creéis que esta clase de juicios han podido pertenecer á un tiempo en que apenas se sabia escribir en que el dictador cultivaba su jardin, en que se escribian versos que no entendian ni Varron, ni Ciceron? Estas palabras y otras que todavía en gran número se podrian citar y que tienen relacion con toda la metafísica oriental, son fragmentos evidentes de lenguas mas antiguas destruidas ú olvidadas. Los griegos habian conservado algunas tradiciones oscuras bajo este concepto; ¿y quién sabe si Homero no testificaba la misma verdad, sin saberlo quizá, cuando nos habla de ciertas cosas, *que los Dioses nombran de una manera, y los hombres de otra?*

Al leer á los metafísicos modernos, habreis encontrado razonamientos que se pierden de vista sobre la importancia de los signos y sobre las ventajas de una lengua filosófica (como ellos dicen) que seria creada *á priori* ó perfeccionada por los filósofos. No quiero entrar en la cuestion acerca del origen del lenguaje, la misma para decirlo de paso, que la de las ideas innatas; lo que puedo aseguraros, porque nada es mas evidente, es el prodigioso talento de los pueblos infantiles para formar las palabras y la absoluta incapacidad de los filósofos para el mismo objeto. En los siglos mas refinados, recuerdo que Platon ha hecho observar ese talento de los pueblos en su infancia. Lo que hay en esto de notable, es que han procedido deliberadamente, en virtud de un sistema arreglado de concierto aun cuando esto sea rigorosamente imposible bajo todos aspectos. Cada lengua tiene su genio, y este genio es unico, de manera que escluye toda idea de composicion, de formacion arbitraria y de convencion anterior. Las leyes generales que la constituyen son lo mas admirable que presentan todas las lenguas: en la griega, por ejemplo, es una de ellas, que las palabras pueden juntarse para una especie de fusion parcial que las une para hacer que nazca una segunda significacion sin desfigurarlas: esta es una regla general de que no se separa el idioma. El latin, mas refractario, deja por decirlo así, *quebrar* sus palabras; y de sus fragmentos elegidos y

reunidos por medio de yo no sé que *aglutinacion* enteramente singular, nacen nuevas palabras de una belleza sorprendente, y cuyos elementos no podrian ser reconocidos sino por un ojo inteligente. De las tres palabras, por ejemplo, *CARO*, *DATA*, *VERMIBUS*, han hecho *CADAVER* *carne entregada á los gusanos*. De estas otras palabras, *MAGIS*, et *VOLO*, *NON* et *VOLO*, han hecho *MALO* y *NOLO*, dos palabras escelentes que todas las lenguas, y la griega misma pueden envidiar á la latina. De *CÆCUS* *UT IRE* (marchar á tientas como un ciego) hicieron ú *CÆGUTIRE*, otro verbo muy feliz que nos hace falta (1). *MAGIS* y *AUCTE* han producido *MACTE*, palabra enteramente particular á los latinos, y de la que se sirven con mucha elegancia. El mismo sistema produjo su palabra *UTERQUE*, tan felizmente formada de *UNUS* *ALTERQUE* (2), palabra que les envidio estraordinariamente, porque nosotros no podemos esplicarla sino por una frase, *l'un et l'autre*. ¿Y qué os diré de la palabra *NEGOTIOR* admirablemente formada de *NE* *EGO* *OTIOR* (yo estoy ocupado, yo no pierdo el tiempo), de donde se deriva *negotium*, etc? Pero pareceme que el genio latino se ha superado á si mismo en la palabra *ORATIO*, formada de *OS* y de *RATIO*, *boca y razon*, es decir, *razon hablada*.

Los franceses no son del todo estraños á este sistema. Nuestros antepasados, por ejemplo, han sabido nombrar muy bien á los suyos por la union parcial de la palabra *ANCIE* con la de *ETNE*, así como hicieron *BEFFROI* de *BEL* *BEFFROI*. Ved como observaron antiguamente sobre las dos palabras latinas *DUO* é *IRE*, de las que hicieron *DUIRE* ir dos juntos, y por estension muy natural, *llevar*, *conducir*. Del pronombre personal *SE*, del advverbio relativo de lugar *HORS*, y de una terminacion verbal *TIR*, han hecho *SOR-TIR*, es decir, *SEHORSTIR*, ó *poner su propia persona fuera del sitio en que estaba*, lo que me parece maravilloso. ¿Teneis curiosidad en saber cómo unian las palabras á la manera de los griegos? yo os citaré la de *COURAGE*, formada de *COR* y de *RAGE*, es decir, *rabia del corazon* (*rage du cœur*); ó por mejor decir, *exaltacion*, *entusiasmo del corazon* (en el sentido ingles de *RAGE*). Esta palabra fué en un principio una traduccion muy feliz del *Thymos*, griego, que no tiene hoy sinónimo en francés. Haced conmigo anatomía de la palabra *INCONTESTABLE*, encontrareis en ella la negacion *IN*, el signo del medio y de la simultaneidad *CUM*, la raiz antigua *TEST*, común sino me engaño, á los Latinos y á los Cel-

(1) Los chinos han hecho para los oídos, justamente lo que los Latinos hicieron para los ojos. (Mem. de los mis. de Pekin, in 8^o., tomo VIII, p. 421.)

(2) De aquí proviene que estando la pluralidad oculta, digámoslo así, en esta palabra, la han construido los Latinos con el plural de los verbos *Utraque nupserunt*. Ovidio Fast. VI, 247.

tas, y el signo de capacidad *ABLE*, del latin *HABILIS*, si el uno y el otro no vienen de una raiz común y anterior. Así la palabra *INCONTESTABLE* significa exactamente *una cosa tan clara que no admite prueba en contrario*.

Admirad la metafísica sutil conque, del *QUARE* latino, *parcèdetorto*, ha hecho nuestro *CAR*, y que ha sabido tomar de *UNUS* la particula *ON*, que desempeña tan gran papel en nuestra lengua. No puedo prescindir de citaros nuestra palabra *RIEN* que los franceses han tomado del latin *REM*, tomada por una cosa cualquiera ó por el ser absoluto. Esta es la razon por qué fuera del caso en que *RIEN*, respondiendo á una interrogacion, contiene ó supone una elipse, no podemos emplear esta palabra sino con una negacion, por que no es negativa (1), á diferencia del latin *MHIL*, que es formada de *NE* y de *MILUM*, como *nemo* lo es de *NE* y de *HOYO* (*ni un átomo*, *ningun hombre*).

Es un placer el asistir, por decirlo así, á los trabajos de ese principio oculto que forma las lenguas. Unas veces le vereis luchar contra una dificultad que le detiene en su marcha; busca una forma que le hace falta: sus materiales le resisten: entonces él se desembarazará de ellos por un solecismo feliz, y dirá muy bien *rue passante*, *couleur voyante*, *place marchande*, *metal cassant*, etc. Unas veces se le verá engañarse y cometer un yerro formal, como la palabra francesa *incredule*, que niega un defecto en vez de negar una virtud, algunas veces se hace posible reconocer al mismo tiempo el error y la causa del error: el oído francés habiendo exigido por ejemplo impropriamente que la letra *s* no se pronunciase en el monosilabo *est*, tercera persona del singular, del verbo sustantivo, era indispensable, para evitar equivocaciones ridiculas sustraer la particula conjuntiva *et* de la ley general que dispone la union de toda consonante final, con la vocal que sigue (2): pero nada fué mas impropriamente establecido; porque esta conjuncion, única ya, y por lo tanto insuficiente, negándose así á unirse *iralis musis*, con las vocales si-

(1) *Rien* (nada) se ha formado de *rem*, como *bien* de *bene*. Joinville sin necesidad de recurrir á otros, nos conduce á la creacion de esta palabra, diciéndonos muy amenudo *que pour nulle rien au monde il n'eut voulu* etc. etc. (que traducido al castellano quiere decir, que por nada del mundo no hubiera querido, etc. Nota del traductor.) En un canton de la Provenza he oído decir, *tu non vales rem*, y es puramente latino.

(2) En efecto, si la particula conjuntiva observa la regla general, estas frases, *un homme et une femme*, un honnete *homme et un fripon* (que traducido al castellano significa un hombre y una mujer, un hombre de bien y un bribon (nota del traductor) se pronunciarían precisamente como lo pronunciaríamos: *un homme est une femme*, *un honnete homme est un fripon*, etc. (que traducido al castellano quiere decir un hombre es una mujer, un hombre de bien es un bribon: nota del traductor.)

guientes, se ha hecho escesivamente incómodo tanto para el poeta, como para el prosista que tiene oído.

Pero volviendo al talento primordial (me dirijo á vos en particular, señor Senador) deteneos en vuestra nacion y preguntadla ¿con qué palabras ha enriquecido su lengua desde la grande era? Ah! esta nacion ha hecho lo propio que las demas. Desde que se ha metido á razonar, ha tomado palabras prestadas, mas no ha creado ninguna. No puede evadirse pueblo alguno de la ley general. En todas partes la época de la civilizacion y de la filosofía no es otra en este género que la de la esterilidad. Leo en vuestras targetas *Minister, General, Kammerherr, Karmmer-rümker, Fraulen, General ANCHEF, General-DEJOURNEL, Joustizii-Politzii Minister, etc.* El comercio me pone en sus anuncios *Magazei, fabrica Meubel etc.* Oigo en el ejercicio *Directiü na prava, na leva. Despliegue en cuadro, un escalon, contra-marcha etc.* La Administracion militar pronuncia *Haupt Vacht, Exercice-hause: Ordonance hause. Commesariat, Cazarma, Cancellari, etc.* Pero todas estas palabras y otras mil que pudiera citar, no equivalen á una sola de aquellas tan hermosas, tan elegantes, tan espresivas que tanto abundan en nuestro idioma primitivo *souproug* (esposo) por ejemplo, que significa exactamente *aquel que está unido con otro bajo el mismo yugo*; nada hay mas natural ni mas ingenioso. En verdad, señores, es forzoso confesar que los salvages ó los bárbaros cuando deliberaron en aquel tiempo para formar semejantes nombres, no dejaron de tener algo de buen tacto.

Pues que dirémos de las sorprendentes analogías que se advierten entre las lenguas separadas por el tiempo y el espacio hasta el punto de no haberse podido unir jamás? Pudiera enseñaros en uno de esos volúmenes manuscritos que veis en mi mesa, varias paginas llenas de mis garrapatos, y á las que he intitulado *Paralelismos de la lengua griega y de la francesa.* Bien sé que en este punto me ha precedido un gran maestro *Henri-Etienne*; pero no he hallado nunca su libro, y no hay cosa mas entretenida que formarse uno mismo esta especie de memorias, á medida que se lee y segun se presentan los ejemplos. Cuidado que no hablo de las simples conformidades de palabras adquiridas naturalmente por via de contacto y de comunicacion, sino por la conformidad de ideas probadas por sinónimos de sentido en todo de formas diferentes, lo que quita toda idea de ser prestadas. Observad solamente una cosa bien singular: y es que cuando se trata de vertir alguna de estas ideas, cuya espresion natural ofendiera en algun modo la delicadeza, han encontrado los franceses con frecuencia precisamente los mismos me-

dios empleados ya por los griegos para salvar estas originalidades chocantes, lo que debe parecer extraño, pues que respecto á esto hemos obrado por nosotros mismos, sin pedir nada á nuestros intermediarios los latinos. Estos ejemplos bastan para hacernos conocer la fuerza que preside á la formacion de las lenguas, y para dar á conocer la nulidad de todas las especulaciones modernas. Cada lengua por sí sola repite los fenómenos espirituales que sucedieron en su origen, y cuanto ella mas antigua es, mas sensibles son estos fenómenos. Sobre todo, ninguna acepcion hallareis á la observacion sobre que he insistido tanto; y es que á medida que uno se eleva hácia aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie que vieron nacer las lenguas, mas lógica y profundidad hallareis siempre en la formacion de las palabras, desapareciendo este talento por una graduacion contraria, segun se va descendiendo á las épocas de ciencia y de civilizacion. Mil años antes de nuestra era espresaba Homero en una sola palabra evidente y armoniosa: *Ellos respondieron por medio de una aclamacion favorable á lo que acababan de oir:* (1). Al leer á este poeta tan pronto ve uno chispear en su rededor un fuego regenerador que sostiene la vida, (2) como se siente humedecido por el rocío que destilan sus encantadores versos sobre la poética morada de los inmortales. (3) El sabe esparcir la voz divina á los humanos como una atmósfera sonora que razona aun despues que el Dios ha cesado de hablar. (4) Puede invocar á Andromaca y enseñarnosla del mismo modo que su esposo la vió por la última vez rebosando ternura y SOLLOZANDO. (5).

¿Cuál era el origen de esta lengua que parece que nace como Minerva y cuya primera produccion es una obra maestra desesperada, sin que haya sido posible probar nunca que ha caducado?

Diremos francamente con los doctores modernos: *Cuantos siglos han trascurrido para poder formar una lengua como esta!* En

(1) Aquí se trata sin la menor duda de ΕΠΕΥΦΗΜΗΣΑΝ (Epenhemesan) de la Iliada, I, 25, acaso pudiera producirse en francés una sombra de esta palabra bajo una forma bárbara diciendo ellos le SOBREBIEN-ACLAMARON.

(2) Ζαφλεγέες τελέθουσι. Iliad. XXI, 465.

(3)

Στιλπναὶ δ' ἀπέπιπτον ἕρσαι. Ibid. XIV, 352.

(4) Θείη δέ μιν ἀφέχουτ' οὐμή. Ibid. II, 41. Qui hoc in aliud sermonem converteri volet is domum, qui sit horum vocabulorum vis et ἐνέργεια sentiet (CLARKIUS AD LOC.) Añade con razon: *Domnia DACIER non male: le pareció que la voz que se estenderia en su alrededor, resonaba todavia en sus oidos.*

(5) Δακρυδεν γέλασσα. Ibid. VI, 485.